

АУДИРОВАНИЕ ТРАНСКРИПЦИЯ

El paraguas fatal

Al fin, como llega la muerte, llegó el tranvía que don Agapito esperaba desde tres cuartos de hora antes, bajo un furioso chaparrón.

Apenas detenido el vehículo, don Agapito pensó:

- Cerraré el paraguas y subiré al tranvía...

Pero ¡ah!

Decir “voy a cerrar el paraguas” es cosa fácil que dice mucha gente. Cerrarlo, cuando se quiere, es ya voluptuosidad reservada tan sólo a los espíritus elegidos. Y don Agapito era hombre impaciente y pecador. Su paraguas no le obedeció. El paraguas de don Agapito resistió todos los golpes, todas las insinuaciones, las habilidades, las súplicas, las injurias, los tirones... Los resistió como una mula ciega o como un mártir...

Y el tranvía, al fin, partió sin su viajero... Don Agapito siguió andando. La lucha con su paraguas se hizo épica, pintoresca y feroz... El hombre apretaba, golpeaba, insultaba, maldecía, empleaba la fuerza y la lógica, el músculo y el nervio... Todo inútil. El artefacto, impasible, lo resistía todo, extendiendo orgullosamente su cúpula negra y lustrosa bajo las aguas del cielo.

Al fin don Agapito se rindió. El paraguas le podía, le dominaba, le escarnecía. Él hizo con él lo que con una criada testaruda: le plantó bonitamente en la calle.

Pero instantáneo surgió un guardia:

- ¡Caballero! – le dijo - Está prohibido arrojar objetos a la vía pública. ¡Recoja su paraguas!

Obedeció don Agapito. Quiso refugiarse en un café, y la mampara giratoria impidió que penetrara con el paraguas...

Intentó tomar un taxi, y el maldito artefacto no entraba por la portezuela...

Ya desasperado, caminó a la ventura. Tres veces dejó abandonando el paraguas torturador, y otras tantas, unos transeuntes corteses se lo devolvieron, y hubo ¡además! de darles las gracias. Lo arrojó en un portal, y cuando no se había alejado tres pasos, una arpía corrió tras él:

- ¡Eh, el del gabán! ¡Tome este paraguas, que me ha puesto perdido el suelo, tío sucio!

Y transcurrieron las horas. ¿Ir a su casa? ¿Para qué?

El maldito paraguas no cabría por la escalera... Entró en la Casa de Correos, y un empleado le ordenó:

- ¡Caballero, cierre el paraguas!

- ¡Eso quisiera yo! - dijo para sí don Agapito, lanzándose otra vez a la calle.

Quiso dejarlo en una iglesia, y una beata le amenazó.

- ¡Por Dios! ¡Que es de mal agüero estar bajo techado con el paraguas abierto!

A las nueve de la noche aún corría don Agapito por Madrid. Era un maníaco, un delirante, esclavo del maldito paraguas...

Y al fin, en una resolución heroica, convencido de no poder desprenderse ya jamás del instrumento de su tortura, corrió al Viaducto en busca de la muerte liberadora. De un salto saltó la barandilla y se lanzó al espacio.

Entonces ocurrió el milagro insospechado. El resistente artefacto cogió bien el aire y, sirviendo de paracaídas, llevó a don Agapito, hasta el suelo, haciéndole aterrizar con toda felicidad.